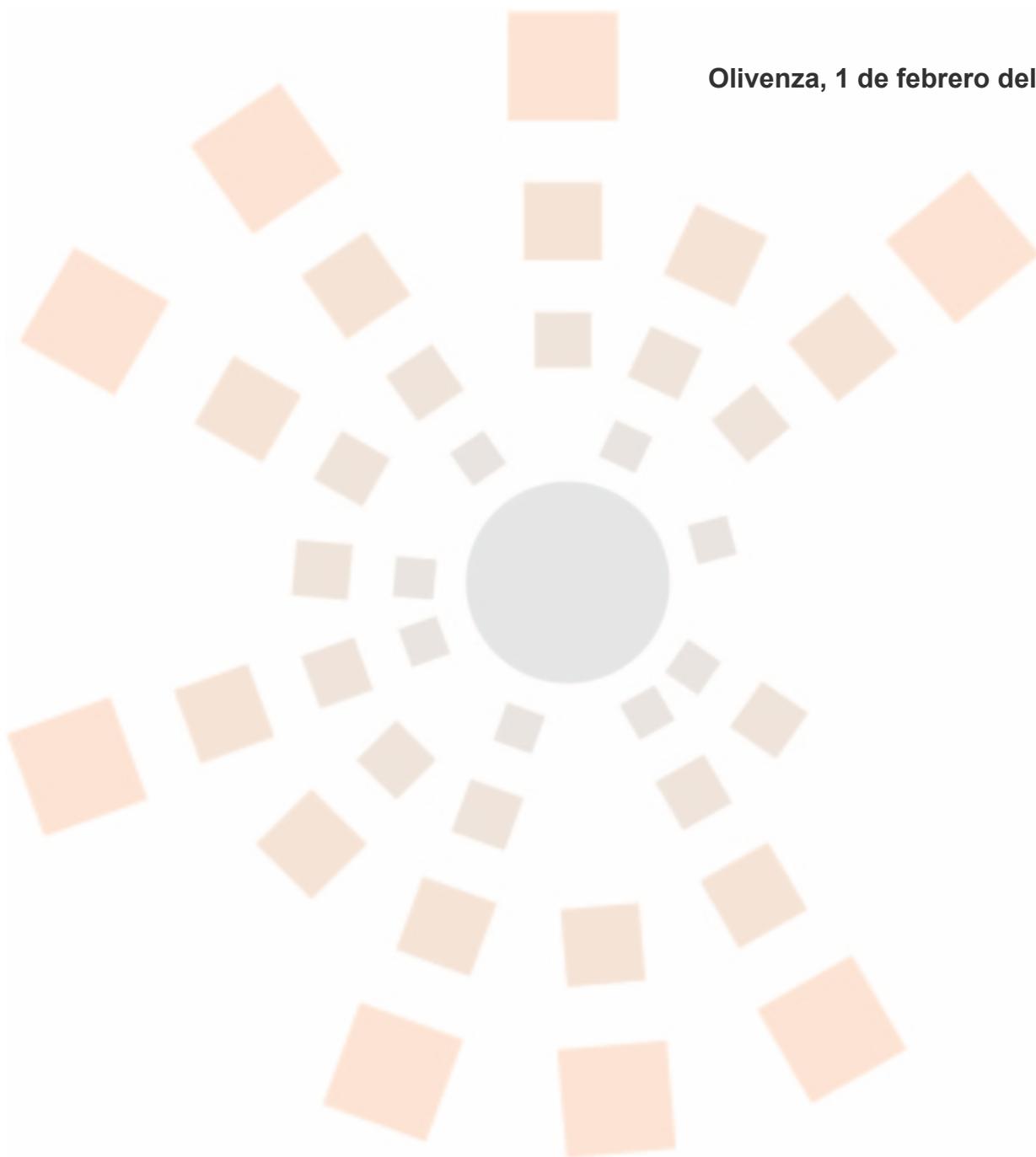


INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE INAUGURACIÓN DEL CENTRO PARROQUIAL SAN JUAN MACIAS

Olivenza, 1 de febrero del 2003



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE INAUGURACIÓN DEL CENTRO PARROQUIAL SAN JUAN MACIAS

Olivenza, 1 de febrero de 2003

(Ininteligible) de testigo y por la amabilidad de Don Antonio pues ejerzo ahora mismo de orador y heme aquí sorprendido y preocupado por no saber muy bien qué decir y, sobre todo, qué decir después de lo que ha dicho Don Antonio, que es el que sabe de estos asuntos. Y no solamente de estos asuntos sino de otros muchos de los que yo procuro aprender a lo largo de tantos años que llevamos teniendo una relación afectuosa, respetuosa y yo diría que fraternal.

Pero como me invita, pues algo digo. Miren, yo creo que muchas veces los ciudadanos, los seres humanos, los hombres y las mujeres, confundimos muchas veces lo que son hechos normales con lo que son hechos extraordinarios. Por ejemplo, si hoy alguien levantara la cabeza -del siglo diecinueve, del siglo dieciocho- y viera estas máquinas de televisión, estas cámaras de foto, que le dan a una techa y aparece la imagen al segundo y que la meten en un ordenador y aparecemos todos y tal, seguramente se sorprendería. Pero todavía se sorprendería más si viera que, con esas máquinas de fotos y con esas cámaras de televisión, a veces que se toman imágenes como aquellas que todos vimos por la televisión de una niña hundiéndose, hundiéndose, hundiéndose, hundiéndose. Y la televisión viéndola y la niña, muriéndose. Eso sí que me parece que es digno de sorpresa. Y si un médico del siglo pasado levantara la cabeza y viera que a un ciudadano le quitan un corazón o un hígado y se lo ponen a otro y ese otro vive o sigue viviendo, se llevaría las manos a la cabeza. Pero más sorprendente que eso sería si se enterara que en algunos países hay niños ricos que van a esos países y pagan dinero para que a un niño pobre le quiten el riñón o le quiten el hígado para que el niño rico pueda vivir a costa de la vida del niño pobre. Esto me parece que es lo sorprendente. Y con el milagro del arroz creo que pasa un poquito lo mismo.

Es decir, lo sorprendente no fue que, como consecuencia de la petición que hace la cocinera a San Juan o a Don Luis, de pronto aparezca comida para el que no lo tiene. Eso es lo normal, lo normal es que todo el mundo coma todos los días. Lo que verdaderamente era extraordinario, era que tuviera que ocurrir ese suceso para que la gente que no comía pudiera comer. Lo que de verdad sorprende es que la gente, en aquel tiempo y ahora, no pueda hacer la normalidad. Y la normalidad no es que aparezca el arroz, la normalidad es que la gente coma, eso es lo extraordinario. Y lo ordinario es lo que hizo la cocinera, lo que hizo San Juan y de lo que hizo Don Luis. Es decir, dar de comer a la gente. Desgraciadamente, no siempre aparece Don Luis, ni San Juan y, mientras tanto, llegan nosotros intentamos cada uno desde nuestra responsabilidad hacer posible que lo que es una normalidad, sea para todos que todo: el mundo pueda comer, que todo el mundo pueda ser feliz. Pero no solo de pan vive

el hombre, el hombre vive también de otras cosas y una de ellas es de encontrarse bien consigo mismo, saber que es lo que quiere, por dónde va, hacia dónde camina.

Bien, pues este Centro que hoy se inaugura en Olivenza es un sitio donde, de vez en cuando, más de uno seguramente tendremos la obligación de venir cuando no sepamos dónde ir. No cuando no tengamos a dónde ir, sino cuando no sepamos dónde ir. Y ocurre muchas veces que tenemos perdido el horizonte, perdido el camino y aquí por lo menos encontraremos gente que, desde su perspectiva, nos dirán por dónde más o menos se puede caminar.

Así que, me siento muy satisfecho de estar aquí. Agradezco mucho a Don Antonio y a Don Santiago que me hayan invitado y creo que mi familia ha contribuido algo, porque en la misa del sábado de Santo Domingo, mi hija pasa de vez en cuando el cepillo y seguro que algunos euros han venido para reconstruir esta casa, que es la casa de todos los oliventinos y, por lo tanto, la mía.

Gracias.

